

PARA RECIBIR LA CRUZ DE LOS JÓVENES

Carta a los jóvenes de la Diócesis

Queridos jóvenes:

Regreso, como sabéis, de la Asamblea Plenaria de Obispos españoles, que hemos celebrado en Madrid, y me incorporo a vuestra peregrinación acompañando a la «Cruz de los jóvenes» y al icono de la Virgen Madre, la *Salus Populi Romani*.

Me son conocidos y muy queridos ambos signos de salvación y de vida. Celebré mi primera misa en la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, un 14 de septiembre, y antes había acudido con frecuencia, mientras estudiaba en Roma, a visitar esta imagen bellísima de la Virgen en su basílica romana de Santa María la Mayor.

Recordando y, por lo mismo, reviviendo aquellos años, me hago joven con vosotros. ¿Para qué? Para hacer juntos lo que se nos pide. Que contemplemos estos signos de salvación y de vida –en el caso de la Cruz, la adoremos– y que a su sombra, mejor, a su luz, revisemos nuestra vida personal y comunitaria.

Somos, cada uno de nosotros, una bendición de Dios, un regalo suyo, y estamos en el mundo para bendecirlo a Él y darle gracias a lo largo de nuestra existencia. En los años jóvenes, con garbo, con gallardía, y hasta con emoción contagiosa. Y siempre, con amor, con mucho amor. Amor limpio. Amor de Dios a nosotros y de nosotros a Dios y a los hermanos.

Pero estamos llamados a hacerlo, por vocación, juntos, en familia, poniendo en común fuerzas, energías y también limitaciones y debilidades. Como tenemos la posibilidad de hacerlo en estos días, en que exteriorizamos lo que tenemos dentro, en el corazón.

La CRUZ, para nuestro querido Papa Benedicto XVI, «es, en definitiva, el “signo” por excelencia que se nos ha dado para comprender la verdad del hombre y la verdad de Dios: todos hemos sido creados y redimidos por un Dios que por amor inmoló a su Hijo único. Por eso, como escribí en la encíclica *Deus caritas est*, en la cruz “se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical” (n. 12) (26 de marzo de 2006).



La Cruz debe estar «en el centro de nuestra meditación; en ella contemplamos la gloria del Señor que resplandece en el cuerpo martirizado de Jesús. Precisamente en esta entrega total de sí se manifiesta la grandeza de Dios, que es amor» (26 de marzo de 2006).

La Cruz es fuente de vida: «Con razón la cruz nos da miedo, como provocó miedo y angustia en Jesucristo (cf. Mc 14,33-36); sin embargo, no es negación de la vida, por lo cual no es necesario desembarazarse de ella para ser felices. Al contrario, es el “sí” extremo de Dios al hombre, la expresión suprema de su amor y el manantial de la vida plena y perfecta. Por consiguiente, contiene la invitación más convincente a seguir a Cristo por la senda de la entrega de sí mismo» (19 de octubre de 2006).

Para los cristianos del tercer milenio resuena con inaplazable urgencia «la invitación de Jesús a que cada uno tome su “cruz” y lo siga con humildad y confianza (cf. Mt 16,24). La “cruz”, por pesada que sea, no es sinónimo de desventura, de desgracia que hay que evitar lo más posible, sino de oportunidad para seguir a Jesús y así adquirir fuerza en la lucha contra el pecado y el mal» (10 de febrero de 2008).

Basten estas ideas para meditar esta noche, ante el Señor Sacramentado, de la mano de María –«no hay nada difícil para la Señora», os he recordado muchas veces con palabras del joven Hermano Rafael, san Rafael– y mirar a Jesús, clavado en la cruz, muerto en ella por nuestra salvación y resucitado para regalarnos a todos esta misma resurrección.

Por turnos, como os indiquen, o como mejor os parezca, velad y orad, mirad al Redentor cara a cara. Y dejad que Él os mire. Su mirada conmueve y arrastra. Todo lo demás vendrá por añadidura.

Cuando los jóvenes australianos os entregaron esta Cruz, que hoy nos preside y acompaña, a vosotros, los jóvenes de España, el Santo Padre dijo:

«La Cruz está en camino de una a otra parte del mundo, de mar a mar. Y nosotros la acompañamos. Avancemos con ella por su camino y así encontraremos nuestro camino. Cuando tocamos la Cruz, más aún, cuando la llevamos, tocamos el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo: el misterio de que Dios ha tanto amado al mundo, a nosotros, que entregó a su Hijo único por nosotros (cf. Jn 3,16). Toquemos el misterio maravilloso del amor de Dios, la única verdad realmente redentora. Pero hagamos nuestra también la ley fundamental, la norma constitutiva de



nuestra vida, es decir, el hecho que sin el “sí” a la Cruz, sin caminar día tras día en comunión con Cristo, no se puede lograr la vida. Cuanto más renunciemos a algo por amor de la gran verdad y el gran amor –por amor de la verdad y el amor de Dios–, tanto más grande y rica se hace la vida. Quien quiere guardar su vida para sí mismo, la pierde. Quien da su vida –cotidianamente, en los pequeños gestos que forman parte de la gran decisión–, la encuentra. Ésta es la verdad exigente, pero también profundamente bella y liberadora, en la que queremos entrar paso a paso durante el camino de la Cruz por los continentes. Que el Señor bendiga este camino. Amén» (5 de abril de 2009).

Que nos bendiga también a nosotros, a todos y a cada uno. Y que nos acompañe siempre María, la Virgen, la Madre. Ella «nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva» (*Deus caritas est*, 42).

✠ Rafael Palmero Ramos
Obispo de Orihuela-Alicante

Orihuela, 5 de marzo de 2011